

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,
coordinadores

Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



FLACSO
ECUADOR

© 2014 Flasco Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

www.flasco.edu.ec

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

Índice

Presentación	ix
<i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i>	

Apertura: el Conejo que necesitamos

Fernando Velasco: pensamiento y acción	3
<i>Alejandro Moreano</i>	

Fernando Velasco: intelectual y militante.	9
<i>Enrique Ayala Mora</i>	

I. Debates desde la teoría de la dependencia

Capitalismo dependiente y relaciones de producción en <i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco	21
<i>Matarí Pierre Manigat</i>	

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad	33
<i>Agustín Lao Montes</i>	

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución	43
<i>Patricio Rivas Herrera</i>	

II. Legado en los estudios agrarios

La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco	55
<i>Manuel Chiriboga Vega</i>	
Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino	65
<i>Francisco Hidalgo Flor</i>	
El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias	75
<i>Francisco Rhon Dávila</i>	

III. Legado político y organizativo

Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política	85
<i>Alberto Acosta</i>	
El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI	95
<i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>	
Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador	109
<i>Hernán Rodas</i>	
El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial	119
<i>Máximo Ponce</i>	
Fernando Velasco	127
<i>Fander Falconí</i>	
El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970	131
<i>José Chávez</i>	
El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas.	137
<i>Pedro Vásquez</i>	

IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta)	145
<i>Silvia Vega Ugalde</i>	
En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta	163
<i>Hernán Ibarra</i>	
Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad	177
<i>Luis Maldonado Ruiz</i>	

V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación	195
<i>Massimo Modonesi</i>	
Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad	207
<i>Valeria Coronel</i>	
Sobre los autores	227

III. Legado político y organizativo



Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política

Alberto Acosta

“Lo primero que salta a la vista es la necesidad de un enfoque integrador, totalizante. Entendido el subdesarrollo como un fenómeno global, que afecta a todos los órdenes de una nación, es evidente que la explicación del mismo, para ser coherente, deberá conjugar aspectos económicos, políticos, sociales y culturales”.

Fernando Velasco (1981)

El pensamiento de Fernando Velasco Abad influyó en la vida política contemporánea del Ecuador. Sus escritos aún hoy son objeto de estudio y constituyen una bibliografía obligada para entender la dinámica social del país. Su pensamiento, plasmado en varios textos, tiene un respaldo vigoroso, expresado en su praxis coherente. Desde una rápida lectura de sus principales aportes, que no pretende ni mucho menos agotar los puntos de análisis posibles, y teniendo en cuenta esta simbiosis de pensamiento y acción de Velasco, propongo aquí unas breves reflexiones para seguir alentando el debate.

Velasco acompañó desde dentro las luchas de los movimientos sindicales y campesinos del país en los años setentas —luchas que, por lo demás, fueron motivo de su estudio e interpretación— y analizó la realidad social ecuatoriana en esa década crítica, marcada por cambios dramáticos. En el Ecuador, transitábamos de una sociedad agraria a una sociedad marcada por el rumbo de los petrodólares, de la mano de una dictadura militar, mientras se consolidaba el concepto de desarrollo de tinte cepalino y afloraban las profundas críticas dependentistas. Afuera, el mundo enfrentaba

la Guerra Fría, se sucedían las rupturas comunistas provocadas por los distanciamientos entre Moscú y Pekín (hoy Beijing), emergía la Nicaragua sandinista, triunfaba Salvador Allende en Chile al inicio de la década y luego esa república era víctima de una sangrienta dictadura militar que, conjuntamente con otras, destrozaron algunas sociedades latinoamericanas. Ese fue el contexto que acompañó a las reflexiones de Velasco.

No obstante, discutir el aporte de Velasco resulta oportuno. Es importante mirar atrás en la historia política de los países, sobre todo para tratar de entender los errores. Pues, finalmente, eso es lo que permitiría no volverlos a cometer, aunque esto pocas veces se logra... Estos desencuentros se explican justamente porque no se recurre a análisis vigorosos como los propuestos por aquellos pensadores ecuatorianos clave, como son Agustín Cueva y Bolívar Echeverría, a los que bien puede acompañar Fernando Velasco.

Basta revisar el pensamiento de Velasco para darse cuenta de dos cosas: por un lado, cómo sus múltiples reflexiones tienen una vigencia impresionante, y por otro, cómo la realidad social del Ecuador no ha cambiado mayormente. Es decir, nuestro tránsito político ha optado por caminar cansinamente muchas veces sobre el propio terreno, con muchos más retrocesos que avances y no pocas frustraciones.

La dependencia, una teoría siempre actual

El punto de partida de los trabajos de Velasco son sus reflexiones sobre la dependencia. Velasco nos planteaba la necesidad de recuperar los términos de la teoría de la dependencia, sobre todo en sus vertientes más radicales, con las que él se identificaba, para enfrentar la economía neoclásica y el imperialismo, que estaban –y siguen estando– insertos en nuestra sociedad. Sus aportes fueron fundamentales para entender las lógicas con que se maniató a la frágil sociedad ecuatoriana y se la hacía cada vez más dependiente del capitalismo metropolitano. El país dejaba de ser una economía agroexportadora para transformarse en una economía petróleo-agroexportadora.

Se trata de una visión que debe ser recuperada para entender el presente. Velasco ya nos decía en los años setentas, que la dependencia entraba

en una nueva fase de la mano de la explotación de crudo. Hoy esa dependencia se mantiene y se reedita atada a los mismos ingresos petroleros y se proyecta con la megaminería. Es decir, se prolonga la misma modalidad de acumulación ligada a la explotación de recursos naturales que ha marcado la vida del Ecuador desde sus orígenes.

A inicios de los años setenta, en su libro clásico *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (publicado póstumamente en 1981), Velasco ya reflexionaba sobre el intento de industrialización, que era una de las propuestas políticas de la época. Entonces, como acontece con el actual planteamiento de transformación de la matriz productiva esgrimida desde el Gobierno, ya se optaba por un modelo asociado al desarrollo del capital transnacional. Un modelo que coincidía, como hoy, con la creciente participación del Estado en la economía, se financiaba sobre la base de la penetración del capital extranjero y el mantenimiento del patrón tradicional de exportaciones primarias (Velasco, 1981: 207). Este modelo, como lo anticipó Velasco, se dio “en una coyuntura marcada por el reforzamiento de la dependencia” (1981: 206). En tal contexto, Velasco explica por qué son las exportaciones tradicionales las que siguen financiando la capacidad de compra del país. Además, aclara cómo la evolución de la estructura social depende de la forma de inserción a la economía internacional, y cómo la coyuntura mundial confiere un especial sello de dependencia al proceso.

En un libro anterior, *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* (1979), Velasco anticipó visionariamente cómo las exportaciones petroleras iban a incrementar “el endeudamiento externo hasta niveles nunca antes conocidos en el país” (1979: 117). Los capitales se acomodan en aquellas economías que dependen de sus recursos naturales, cuando las condiciones para la colocación de dichos recursos son provechosas y sobre todo si se pueden hacer buenos negocios. Hoy, además de los viejos imperios, algunas economías gigantes, que emergen y se expanden con fuerza, se encuentran de compras por el mundo para satisfacer sus modelos de crecimiento, endeudando a los países que les suministran materias primas y sometiénolos a sus lógicas de expansión del capital. Basta ver cómo evolucionan actualmente las relaciones de Ecuador con China.

El desarrollo y el subdesarrollo, un fenómeno global

Ya a inicios de los años setentas, Velasco se cuestionaba si era o no posible el desarrollo nacional en un mundo cada vez más internacionalizado. Pregunta eminentemente actual. Es más, cabe debatir si realmente es posible el desarrollo a secas, cuando se ha convertido en una suerte de entelequia sin mayor contenido o significado. Hoy, las sociedades están en proceso de buscar alternativas, no de desarrollo, sino alternativas al desarrollo, como lo es –o debería ser– el Buen Vivir o *sumak kawsay*.

Durante el boom petrolero de los setentas, con el endeudamiento externo agresivo, se desconocía que se estaban sentando las bases para la invasión de las políticas neoliberales del Consenso de Washington en los años ochenta. De manera similar, hoy tampoco hay una conciencia clara de lo que significa la forma de vinculación sumisa a la economía china, en el marco de lo que podríamos considerar como el Consenso de Beijing. Las dos son formas más o menos refinadas de dependencia, en tanto se las presenta a través de un discurso que cierra la puerta a las alternativas.

En síntesis, desde los años setentas existe una pugna permanente entre el desarrollismo modernizador y las presiones que surgen desde la sociedad que exige transformaciones estructurales, tal como las planteaba Velasco con mucha claridad. Entonces, como hoy, mientras se despliegan discursos “revolucionarios” (Guillermo Rodríguez Lara y Rafael Correa), se mantiene la misma modalidad de acumulación. El petróleo fue la base de la modernización del capitalismo en la década de los setentas, tal como acontece en estos días. Es más, cuando se avizora el agotamiento de las reservas petroleras, se fuerzan las tareas de explotación de crudo abriendo la puerta a la undécima ronda petrolera en el sur de la Amazonia ecuatoriana y autorizando la explotación del crudo del Yasuní-ITT. Pero ahora ya no solo se trata del petróleo. Se está dando inicio a la megaminería, se pretenden dejar de lado las prohibiciones constitucionales permitiendo el uso de los transgénicos, también se favorece la producción de agrocombustibles, lo que solo será posible reconstituyendo los latifundios y minimizando la producción campesina.

En suma, actualmente se trata de avanzar hacia las que podrían ser las últimas fronteras de colonización de nuestro capitalismo periférico, dependiente de las demandas del capitalismo metropolitano. Esta es una suerte de reencuentro modernizado con visiones y prácticas pasadistas sobre la base de la expansión de la matriz primario exportadora con algunas ventajas para el Estado, como sucedió en los días en los que el *Conejo* planteaba una profunda revolución socialista y, sobre todo, proponía de manera precisa la necesidad de asumir el debate sobre el subdesarrollo y el desarrollo de una forma totalizante, entendiendo que se trata de un fenómeno global.

El campo, un terreno de permanente y actual disputa

Otro punto interesante en el proyecto político de Velasco era su visión sobre la necesidad de resolver los problemas del agro. Su aporte nos deja algunos elementos clave: por ejemplo que la reforma agraria no sería nunca una concesión generosa de los grupos dominantes. La reforma agraria de los militares, que tenían una concepción nacionalista, no buscaba una transformación estructural de la sociedad, de la economía o del agro mismo. La larga dictadura militar propició dicha reforma para modernizar el aparato productivo a través de la entonces dominante estrategia de industrialización vía sustitución de importaciones. Dentro de un modelo de recomposición del capital y con una nueva burguesía en ciernes, al igual que sucede ahora, resultaba impensable promover el empoderamiento de los grandes colectivos necesario para esas modificaciones radicales. Ya nos decía Velasco que para llevar a efecto una profunda reforma agraria era necesaria la acción de las clases subalternas, de actores políticos como el movimiento campesino, que era muy fuerte en esa época –más fuerte en la Costa que en la Sierra– para arrebatara a los sectores dominantes la tenencia de la tierra.

Velasco analizó con lucidez la transformación paulatina de los grandes terratenientes en comerciantes, en industriales y en banqueros, sin que ocurran rupturas de las estructuras oligárquicas anteriores. Esa era la realidad que se vivía. Velasco comprendió cómo la transformación en el agro vía industriali-

zación era parte de una modernización del capitalismo. Se afectaban relativamente las estructuras de tenencia de la tierra para ampliar los mercados, para tener más mano de obra, para lograr una mayor productividad, reduciendo incluso los bienes y salarios para impulsar la industrialización.

Las Fuerzas Armadas, entonces, actuaban como una suerte de “vanguardia de la burguesía industrial” (Velasco, 1981: 208). Es por eso que, como dice el mismo *Conejo*, se planteó una ley de reforma agraria que señalaba claramente, en su artículo 25, que la afectación solo era para las propiedades que no tengan por lo menos el 80% de territorio cultivado. Así, con este aporte desde el agro, sometido de una vez a las demandas de modernización, se consolidó un proceso de industrialización dependiente. En este contexto de los setentas, el tema agrario se asumía más como una lucha de los campesinos por la tierra, aunque ya aparecían reclamos culturales, que luego cobrarían redoblada importancia.

¿Qué podemos sacar de ese legado para abordar el tema agrario en la actualidad? ¿Por qué no hay ahora la voluntad política para el replanteamiento de la reforma agraria? Todavía existe un problema de tierras que afecta al campesinado y sobre todo al campesinado indígena. Pero, en la actualidad, al parecer no existe un sujeto político que reclame con fuerza la reforma agraria. El movimiento indígena está debilitado, cooptado, incluso dividido y también perseguido por parte del Gobierno central. La criminalización de la lucha popular afecta sobre todo a los campesinos e indígenas. En contraste, la dictadura militar nacionalista, con todas las limitaciones conocidas y ampliamente analizadas, cabe anotar, sí impulsó un limitado proceso de redistribución de la tierra. Mientras que hoy, un Gobierno que se presenta como revolucionario y que cuenta con un mandato constitucional que prohíbe el latifundio y la concentración de la tierra, cierra el camino para hacer realidad la indispensable reforma agraria y tampoco cumple con otra clara disposición constitucional que prohíbe toda forma de privatización del agua.

A la luz de estos hechos, cabe preguntarse si acaso ya no es necesaria la afectación de la concentración de la tierra dentro del actual proceso de modernización del capitalismo. El actual Presidente de la República no ve necesaria una reforma agraria. Para él, “la pequeña propiedad rural va en

contra de la eficiencia productiva y de la reducción de la pobreza. Repartir una propiedad grande en muchas pequeñas es repartir pobreza”. Según el presidente Correa lo importante es entonces “el problema de la productividad” (Enlace ciudadano 240, 1 de octubre del año 2011). De esa lógica presidencial se desprende el cambio de la matriz del agro planteada por el Ministerio de Agricultura. Se retorna entonces a una visión desarrollista, modernizada y orientada simplemente a incrementar la productividad y la eficiencia. Con ello se pretende reducir las importaciones en el ámbito alimenticio, aumentar las exportaciones agrarias y conseguir insumos cada vez más eficientes para tener productos que puedan ser transformados en la agroindustria. Como consecuencia de ese planteamiento, se contempla una lista corta de productos que demandarán grandes extensiones de tierra, con pocos dueños, con mucha tecnología de punta y, no hay duda, con crecientes volúmenes de agroquímicos. Así, un puesto preferente lo tienen los agrocombustibles, como la palma africana o la caña de azúcar, y la introducción de cultivos genéticamente modificados. Son propuestas modernizadoras, desde la lógica del capital, que reemplazarán a cultivos y a dueños de cultivos que trabajan en línea con la soberanía alimentaria.

En claro contraste, desde la Asamblea de Montecristi, cuando planteamos acabar con el acaparamiento de la tierra y el agua, nos sintonizamos con las consignas que Velasco recomendaba recogiendo las demandas de la lucha campesina: tierra sin patrones y tierra con libertad.

Cabría anotar que en la actualidad hay cambios que considerar en el agro. Los grandes terratenientes tradicionales ya no aparecen como la fuerza hegemónica. Hoy la lógica de producción está basada en los agronegocios. En el país no se podría impulsar una simple redistribución de la tierra, sino que habría que analizar cómo se afectan las cadenas de valor y control de estas grandes empresas agrarias. Pronaca nos presenta un ejemplo de este nuevo tipo de control agropecuario, pues los campesinos, todavía dueños de sus tierras, producen para una sola gran cadena de transformación y de comercialización de productos alimentarios. Bajo este esquema se han consolidado una serie de empresas que controlan las semillas y los servicios agroalimentarios, en el marco de una agricultura de precisión, caracterizada por ser altamente tecnificada y sobre todo mercantilizada.

Este tipo de agroproducción modernizada, con sus variantes, no es la única novedad. Están también las denominadas empresas translatinas¹, que alquilan la tierra, buscando obtener los máximos beneficios en el menor tiempo posible. Y por cierto, en medio de un rampante capitalismo acaparador, no falta la apropiación de tierras agrícolas con simples afanes especulativos.

No nos olvidemos que el capitalismo es tremendamente dinámico, tremendamente voraz y que tiene una enorme creatividad. Cada vez hay nuevas formas de colonización, ya no solo se trata de la colonización de la tierra. Estamos atestiguando en este momento la colonización de los servicios ambientales y la colonización del clima mismo a través de los mercados de carbono.

Desde esa perspectiva, entonces, una reforma agraria actual no debe consistir solo en el acceso a la tierra. Una reforma agraria en nuestros días tiene que afectar la estructura de control de la producción y comercialización de los alimentos. Desde una perspectiva plurinacional, en línea con el Buen Vivir o *sumak kawsay*, esto implica que las comunidades indígenas y campesinos puedan acceder a los territorios, que es algo más que la propiedad de la tierra.

En este marco de reflexiones actuales, por supuesto que se debe construir una soberanía alimentaria que no implique simplemente tener mayores niveles de productividad y eficiencia –elementos necesarios, pero dentro de otra lógica, con otros objetivos–. De lo que se trata es de asegurar la soberanía alimentaria a través del acceso equitativo a la tierra y al agua, en particular, rompiendo con las cadenas de valor del capital nacional y del capital transnacional.

Que no se vuelva a repetir

Desde el inicio de 1970 hasta ahora han pasado ya cuatro décadas. Es un tiempo con mucha historia. Son varios los procesos vividos. Han sido años en los cuales el petróleo ha dominado en el escenario económico nacional.

1 Las denominadas translatinas son corporaciones latinoamericanas transnacionales que invierten directamente fuera de sus países de origen.

Pero todo indica que los problemas profundos, esos que afectaban a la sociedad que analizó Fernando Velasco, solo se muestran renovados. El capital se transforma luciendo galas diferentes. El extractivismo deja más recursos a un viejo Estado patriarcal y autoritario, que sirve para disciplinar a la sociedad. Esa disciplina a su vez profundiza el modelo de dependencia. Sin embargo, una gran diferencia radica en que los recursos petroleros y naturales se terminan y deterioran. Pero las opciones propuestas son, hoy como ayer, extractivistas: megaminería, agrocombustibles, transgénicos, plantaciones diversas... No hay ninguna propuesta seria para superar esta dura y compleja realidad. ¿Qué implica esto para el futuro? Si seguimos la misma ruta, ¿qué pasará dentro de las próximas cuatro décadas?

Son muchas las lecturas que podemos elaborar utilizando el prisma de Velasco. Incluso se podría analizar, desde esa perspectiva, las deficiencias políticas de los últimos cuarenta años. También se podría analizar el accionar de aquellos colectivos políticos, sindicales y campesinos, que le interesaron a Velasco, y que hoy aparecen deprimidos. Colectivos que en otras circunstancias no hubiesen dejado de activar las contradicciones existentes y no habrían permitido la instauración de un nuevo modelo de dominación burguesa como es el correísmo. Todos los grupos de las izquierdas tienen una enorme tarea pendiente por delante.

Pero no solo las luchas campesinas y sindicales deben continuar. Se debe caminar con otros actores políticos que han emergido en esta época: los movimientos indígena y afroecuatoriano, el movimiento feminista, los grupos GLBTI y, por supuesto, los grupos ecologistas, entre otros. Si las izquierdas todavía quieren mantener su vigencia, deben dar respuestas profundas con todos esos sectores. Deben asumir el socialismo como un proceso de democracia sin fin. Sobre todo deben entender que la revolución será socialista, la revolución será feminista, la revolución será ecologista y lógicamente la revolución será plurinacional, entre otras características básicas de un proceso que busque ampliar las libertades sobre la sólida base de crecientes equidades. Alimentar y sostener ese proceso será el mejor homenaje que podamos rendir al legado político de Fernando, el *Conejo* Velasco.

Bibliografía

Correa, Rafael (2011). Enlace ciudadano 240, 1 de octubre.

Velasco, Fernando (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra:*

hipótesis para una investigación. Quito: Editorial El Conejo.

_____ (1981). *Ecuador, subdesarrollo y dependencia.* Quito: Editorial El Conejo.